

## Los aromas dibujados del cuerpo

Mercedes Iturbe

En el inicio de la fotografía fue sin duda el rostro humano, junto con su cuerpo, el tema central del mágico descubrimiento. La posibilidad de reflejar la expresión de un cuerpo, a través de la cámara fotográfica, fue algo fascinante para quienes vivieron ese momento, en el que el nuevo y misterioso hallazgo proporcionaba una alternativa todavía más realista que la pintura para retratar a hombres y mujeres. Un inmenso número de imágenes sobre el desnudo conforman en sí mismas toda una historia dentro de la historia de la fotografía.

En este texto me ocuparé sólo de algunas imágenes que exaltan la sensualidad palpitante del cuerpo y haré en torno a ellas ciertas reflexiones alusivas a esos papeles dibujados con luz en donde la mirada de algunos fotógrafos ha quedado traducida en formas exuberantes y apetitosas.

En muchos casos, el cuerpo retratado trasciende su apariencia externa y se convierte en un medio de proyectar una sensualidad depositada, más que en unos pechos o en unas nalgas, en las entrañas y en el espíritu del modelo, captados por una mirada sensible.

El desnudo ha sido tema de muchos fotógrafos y sin duda uno de los más atractivos, ya que el cuerpo humano ha despertado siempre una curiosidad en la que están implícitos el misterio y el placer. Es difícil encontrar alguno que no haya hecho imágenes del cuerpo despojado de vestiduras, pero como todo tema inagotable, el desnudo ha sido abordado de múltiples maneras, de acuerdo a la mirada de cada fotógrafo. Otros han estado obsesionados por el autorretrato, un proceso de registro visual del propio cuerpo, que puede significar una forma de posesión interior diferente a la del espejo por una cuestión de tiempo. Incluso el mismo espejo es con frecuencia utilizado en la fotografía para autorretratarse y poseerse a uno mismo en tiempos diferentes a través de nuestra propia imagen,

que queda dividida después del *clic* en dos percepciones y en dos espacios distantes.

En la fotografía ha habido espíritus vitales que han registrado con su mirada no sólo los cuerpos, sino también el instante explosivo de las pieles perfumadas de poros abiertos que, como cáscaras de fruta, despiden aromas afrodisíacos y chorrean sudores dulces que exaltan los sentidos.

La región del cuerpo, elegida por el ojo del fotógrafo como centro de su imagen, se convierte en todo un universo vegetal, de cuyos puntos brota la luz, exaltando las serpentinadas turgencias, compuestas de sombras, brillos y contrastes, evocadores de la fertilidad.

Se trata de una manera de mirar el cuerpo y dejar al descubierto la fuerza inaudita de la naturaleza humana que en muchos casos se asocia con las flores, las frutas y el paisaje.

Observar el desnudo que Edward Weston hizo de Tina Modotti y que se relaciona estrechamente con el mural de Diego Rivera, en el que Tina aparece como *la tierra virgen*, induce a un paseo imaginario por el mundo de la sensualidad y nos explica por qué Diego la eligió como modelo para los murales de Chapingo, en los que su intención central era hacer un canto a la tierra.

Ambos artistas miraron a Tina con los mismos ojos y no sólo advirtieron la carga sensual de la fotógrafa italiana, sino que también su percepción erótica de la vida les permitió recrear, a uno en la pintura y a otro en la fotografía, los contornos vibrantes de un cuerpo.

Weston logró el equilibrio armónico de esta imagen yacente, integrando el difícil paso de la llanura móvil y ventosa del cuerpo desnudo —en donde sólo hay movimientos y marea, flujo y reflujo— al rostro en donde está el carácter. En la expresión de este rostro femenino, los labios son pulpa fresca y fruta abierta que invita a la lujuria de la mordida, mientras que Diego deposita en la cabellera líquida de la modelo un mar agitado que oculta la mirada de deseo, dibujado en la boca semiabierta.

En los desnudos de Man Ray, la sensualidad resulta menos contundente debido a su abstracción; permanece oculta en el misterio de unas formas

hermosas y aterciopeladas, que sugieren duraznos o melocotones, y cuyas suaves redondeces envuelven al espectador, introduciéndolo a un mundo de fragancias en donde la sutileza de las curvas toca la perfección, sin perder la fuerza vital que acaricia las imágenes.

André Kertész, por su parte, fotografió repetidamente el cuerpo desnudo femenino deformado por espejos y también los bañistas en Hungría. De sus imágenes recojo una pareja de niños gitanos en cuyo acercamiento físico se adivina ya un despertar al placer de los sentidos. La foto es de una gran ternura, no exenta de un erotismo natural, propio de la vida en libertad y sin restricciones. Los niños sueltos en la naturaleza, como los pájaros, acuden al llamado inconsciente de su deseo, juntando la superficie de sus cuerpos desnudos para besarse. El gran fotógrafo captó el instante con la misma voluptuosidad inocente con la que aquéllos se acercaron para olerse y sentirse.

Y para continuar con niños desnudos, destaco dos imágenes de la panameña Sandra Eleta, cuya mirada es vital, positiva y llena de gozo. La misma queda reflejada en su libro sobre Portobelo, en donde la fotógrafa retrata los ritos y las fiestas de un lugar habitado por una población negra que vive impasible dentro del juego, la iniciación, el eros y el mundo de la danza. Sandra Eleta capta, con su cámara, la negrura húmeda de las pieles, y transmite el frenesí secreto de seres que se descubren frente al objetivo con la natural languidez y melancolía de la propia existencia. [...]

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea 4. El cuerpo*  
México, Centro de la Imagen/Conaculta, 1994.